

una carta del mariscal Ney. Esta carta le daba parte de «que los mejores soldados se preguntaban:—¿Por qué habían de combatir ellos solos para asegurar la fuga de los otros; por qué el águila no protegía ya y mataba; por qué era necesario sucumbir por batallones, cuando ya no había más recurso que la fuga?»

Cuando el ayudante de campo de Ney quiso entrar en particularidades aflictivas, Napoleón le interrumpió: «Coronel, yo no os pregunto detalles.» Esta expedición de Rusia era una verdadera extravagancia, que habían criticado todas las autoridades civiles y militares del imperio: los triunfos y los dolores que recordaba el camino de retirada agriaban y desalentaban a las tropas, y en este camino andado y desandado podía también Napoleón encontrar la imagen de las dos partes de su vida.

El 9 de noviembre llegaron a Smolensk. Una orden de Bonaparte había prohibido que entrase nadie antes de que los puestos hubieran sido entregados a la guardia imperial. Los soldados que estaban fuera de la ciudad afluyeron al pie de las murallas, y los de adentro se mantuvieron encerrados. El aire resonaba con las imprecaciones desesperadas de los de afuera, vestidos con asquerosas levitas de cosacos, con capotes remendados, con mantas de cama o de caballo. Con el rostro lívido y los ojos sombríos, miraban a lo alto de las murallas, rechinando los dientes, y teniendo el aspecto de aquellos prisioneros mutilados que en tiempo de Luis el Gordo llevaban en su mano derecha su mano izquierda cortada; se les habría tomado por máscaras furiosas, o por enfermos dementes escapados de un hospital. Llegaron la joven y la antigua guardia, penetrando en la plaza incendiada a nuestro primer paso. Entonces prorrumpieron en gritos contra la tropa privilegiada. Aquellas cohortes famélicas corrieron tumultuosamente a los almacenes como una insurrección de espectros, siendo rechazadas y batidas, quedando los muertos en las calles, y las mujeres, niños y moribundos sobre las carretas. El aire estaba infestado de la corrupción de una porción de cadáveres antiguos: algunos militares eran atacados de imbecilidad o de locura, y otros, cuyos cabellos se habían erizado, caían muertos, blasfemando o riendo con una risa estúpida. Bonaparte desahogó su

cólera contra un miserable proveedor impotente, cuyas órdenes no se habían ejecutado.

El ejército de cien mil hombres, reducido a treinta mil, iba seguido por una banda de cincuenta mil rezagados, y ya sólo se contaban mil ochocientos jinetes montados cuyo mando dió Bonaparte al señor de Latour-Maubourg. Este oficial, que mandaba los coraceros en el asalto del gran reduto de Borodino, sacó la cabeza partida de sablazos y después perdió una pierna en Dresde. Al ver a su doméstico que lloraba, le dijo: «¿De qué te quejas? De este modo no tendrás que limpiar más que una bota.» Este general, fiel a la desgracia, ha sido el ayo de Enrique V en los primeros años del destierro del joven príncipe: yo me quito el sombrero al pasar por delante de él, como al pasar por delante del honor.

Forzosamente hubieron de permanecer en Smolensk hasta el 14. Napoleón ordenó al mariscal Ney que se concertase con Davout para desmembrar la plaza, destruyéndola con minas: luego se dirigió a Krasnoi, donde se estableció el 16, después que esta estación hubo sido saqueada por los rusos. El enemigo estrechaba su círculo, y el gran ejército, llamado de la Moldavia, estaba en las inmediaciones, preparándose a atacarnos y arrojarnos en el Beresina.

El resto de nuestras tropas disminuía de día en día. Instruido Kutuzof de nuestras miserias, no se movía: «¡Salid un solo momento de vuestro cuartel general—exclamaba Wilson—; avanzad a las alturas, y veréis llegado el último instante de Napoleón! Rusia reclama esta víctima; heridla; una carga será suficiente, y en dos horas habrá cambiado toda la faz de Europa.»

Esto era cierto; pero de este modo sólo Napoleón hubiera sido herido particularmente, y Dios quería hacer pesar su mano sobre Francia.

Kutuzof replicó: «Yo hago que mis soldados descansan cada tres días, y me avergonzaría si el pan les faltase un solo momento. Yo voy escoltando al ejército francés, mi prisionero, y le castigo siempre que quiere detenerse o alejarse del camino real. El fin del destino de Napoleón está marcado irrevocablemente: en los pantanos del Beresina es donde se extinguirá el meteoro en presencia de todos los ejércitos rusos. Yo les habré en-

tregado a Bonaparte debilitado, desarmado, moribundo, y esto es bastante para mi gloria.»

Bonaparte había hablado del *viejo* Kutuzof con ese desdén insultante que era en él tan peculiar: el *viejo* Kutuzof, a su vez, le volvía desprecio por desprecio.

El ejército de Kutuzof estaba más impaciente que su jefe: los mismos cosacos decían: «¿Se dejará que estos esqueletos salgan de sus tumbas?»

Entre tanto no se veía llegar el cuarto cuerpo que debió salir de Smolensk el 15 y unirse con Napoleón el 16 en Krasnoi: las comunicaciones estaban cortadas, y el príncipe Eugenio, que mandaba la retaguardia, intentó inútilmente restablecerlas; todo lo que pudo hacer fué llamar la atención de los rusos, y operar entre tanto su unión con la guardia en Krasnoi: pero los mariscales Ney y Davout no parecían.

Entonces encontró súbitamente Napoleón su genio: con un bastón en la mano, sale de Krasnoi el 17 a la cabeza de su guardia, reducida a trece mil hombres, para hacer frente a innumerables enemigos, desembarazar el camino de Smolensk y abrir un paso a los dos mariscales. Esta acción no la degeneró sino por una frase poco proporcionada a su máscara: «Bastante ha hecho ya el emperador; ya es tiempo que haga el general.» Enrique IV había dicho al salir para el sitio de Amiens: «Bastante ha hecho ya el rey de Francia; ya es hora de que haga el rey de Navarra.» Las alturas inmediatas a cuyo pie marchaba Napoleón, se coronaban de artillería y podían a cada instante destrozarlo; pero echando una ojeada, dice: «¡Que un escuadrón de mis cazadores se apodere de ellos!» Los rusos no tenían más que dejarse caer para arrollarlo; pero a la vista de este gran hombre y de los restos de la guardia formada en cuadro, permanecieron inmóviles y como fascinados; su mirada detuvo a cien mil soldados sobre las colinas.

Con motivo de la acción de Krasnoi, Kutuzof fué honrado en San Petersburgo con el apodo de Smolensk: aparentemente por no haber lesesperado, bajo el bastón de Bonaparte, de la salvación del imperio.

PASO DEL BERESINA. — JUICIO SOBRE LA CAMPAÑA DE RUSIA. — ÚLTIMO BOLETÍN DEL GRAN EJÉRCITO. — VUELTA DE BONAPARTE A PARÍS. — ARENGA DEL SENADO.

Después de este inútil esfuerzo, Napoleón volvió a pasar el Dniéper el 19, y fué a acampar en Orcha, donde quemó los papeles que había llevado para escribir su vida en los ratos aburridos del invierno, si Moscou, al quedar en pie, le hubiera permitido establecerse en él. Se vió obligado a arrojar en el lago de Semlewo la enorme cruz de San Juan, que los cosacos han encontrado después y colocado sobre la torre del gran Iván.

En Orcha eran muy grandes las inquietudes: a pesar de la tentativa de Bonaparte para abrir un paso al mariscal Ney, éste no parecía todavía, hasta que, al fin, se recibieron noticias suyas en Baranni: Eugenio había conseguido alcanzarlo. El general Gourgaud refiere el placer que Napoleón experimentó, si bien los boletines y relaciones de los amigos del emperador se expresan con una reserva celosa sobre todos los hechos que no tienen una relación directa con él. La alegría del ejército fué muy breve, pues se pasaba de peligro en peligro. Napoleón caminaba de Kokhanow a Tolozcim, cuando un ayudante de campo le anunció la pérdida de la cabeza del puente de Borisow, tomado por el ejército de Moldavia al general Dombrowski. El ejército de Moldavia, fué sorprendido a su vez por el duque de Reggio en Borisow, retirándose detrás del Beresina después de haber destruído el puente. Tchitchagof se encontraba de esta manera enfrente de nosotros, del otro lado del río.

El general Corbineau, comandante de una brigada de nuestra caballería ligera, guiado por un paisano, había descubierto, por bajo de Borisow, el vado de Vesselovo. Con esta noticia, el emperador hizo salir en la noche del 24 a Bobre de Eblé y Chasseloup con los pontoneros y zapadores, que llegaron a Stoudianka, sobre el Beresina, al vado indicado.

Se tienden dos puentes sobre el río: a la orilla opuesta acampaba un ejército de cuarenta mil rusos. ¡Cuál no sería la sorpresa de los franceses cuando al nacer el sol vieron la ribera desierta, y la retaguardia de la división de Tchaplitz en plena retirada! No podían creer lo que

veían. Una sola bala, el fuego de la pipa de un cosaco habría bastado para hacer pedazos o quemar los débiles pontones de Eblé. Corren a avisar a Bonaparte, que se levanta apresuradamente, sale, lo ve, y exclama: «¡He engañado al almirante!» La exclamación era lógica; los rusos abortaban en el desenlace, y cometían una falta que debía prolongar la guerra por tres años; pero su jefe no había sido engañado. Todo lo había previsto el almirante Tchitchagof, quien se había dejado llevar de su carácter, que, aunque inteligente y fogoso, amaba sus comodidades; temía el frío, y pensaba que siempre sería tiempo para exterminar a los franceses cuando él se hubiera calentado bien. ¡Ay! Si Bonaparte estaba salvado por la construcción de sus dos puentes y por la incomprensible retirada de la división de Tchaplitz, no lo estaban los franceses, y otros dos ejércitos rusos se aglomeraban sobre la orilla del río que Napoleón se preparaba a abandonar. El que no ha visto debe callar aquí y dejar hablar a los testigos.

«El heroísmo de los pontoneros dirigidos por Eblé—dice Chambray—vivirá tanto como el recuerdo del paso del Beresina. Aun cuando debilitados por los males que sufrían de tanto tiempo, se les vió, desafiando al frío, que se había hecho muy riguroso, entrar en el agua algunos hasta el pecho: esto era correr a una muerte casi cierta; pero el ejército los miraba, y ellos se sacrificaban por su salvación.

»El desorden reinaba en las filas francesas—dice a su vez el señor de Segur—y los materiales habían faltado para los dos puentes: en la noche del 26 al 27 se rompió dos veces el de los carruajes, y el paso se retrasó siete horas: por tercera vez se rompió el 27 a las cuatro de la tarde; además, los rezagados, dispersos en los bosques y en las aldeas inmediatas, que no se habían aprovechado de la primera noche, al amanecer del 27 se habían presentado a un tiempo para pasar los puentes.

»La confusión mayor fué cuando la guardia, que servía de regla, se puso en movimiento. Su marcha fué como una señal, y avanzaron de todas partes amontonándose en la orilla. En un instante se vió una masa profunda y confusa de hombres, caballos y carruajes sitiar la estrecha entrada de los puentes; los primeros empujados por los últimos, rechazados por los guardias y por los ponto-

neros, o detenidos por el río, eran aplastados, derribados al suelo o precipitados en los hielos que acarrea el Beresina. De aquella inmensa y horrible baránda se alzaba unas veces un zumbido sordo, otras un gran clamor, mezcla de gemidos y de espantosas imprecaciones... El desorden era tan grande, que cuando se presentó el emperador fué preciso emplear la fuerza para abrirle paso. Un cuerpo de granaderos de la guardia y Latour-Maubourg renunciaron por piedad a abrirse paso al través de estos desgraciados...

La inmensa muchedumbre aglomerada en la orilla, mezclada con los caballos y los carros, formaba un espantoso hacinamiento. A eso de mediodía cayeron las primeras balas enemigas en medio de aquel caos, y fueron la señal de una desesperación general...

»En medio de este horrible desorden, se rompió el puente de artillería; la columna que lo iba pasando quiso retroceder; pero inútilmente; el torrente de hombres que iba detrás, ignorando esta desgracia y no oyendo los gritos de los primeros, siguieron avanzando y los arrojaron en el río, donde fueron precipitados a su vez.

»Todo se dirigió entonces al otro puente, afluyendo de todas partes una enormidad de cajones, de pesados carruajes y de piezas de artillería. Dirigidos por sus conductores, y rápidamente arrastrados sobre una pendiente desigual, arrollan a los desgraciados que se encontraban sorprendidos entre ellos, y entrechocándose luego, se derriban, la mayor parte con violencia, aplastando en su caída a los que les rodeaban. Filas enteras de hombres, empujadas por estos obstáculos, se embarazan, chocan y caen por masas de otros infortunados que se sucedían sin interrupción.»

¿Qué gemido tiene Napoleón para semejante catástrofe; para este doloroso acontecimiento, uno de los más grandes de la historia; para estos desastres que sobrepujan a los del ejército de Cambises? ¿Qué grito sale de su alma? Estas cuatro palabras de su Boletín: *Durante la jornada del 26 al 27 pasó el ejército.* ¡Ya habéis visto cómo! Ni siquiera se enterneció Napoleón al espectáculo de aquellas mujeres alzando en sus brazos

a sus hijos por en medio de las aguas. El otro gran hombre que por Francia ha reinado sobre el mundo, Carlomagno, grosero y bárbaro en apariencia, cantó y lloró (que también él era poeta) al niño que, luchando con el hielo, fué sepultado en el Ebro:

Trux puer adstricto glacie dum ludit in Hebro.

El duque de Bellune estaba encargado de proteger el paso, que dejó a retaguardia al general Partouneaux, que se vió obligado a capitular. El duque de Reggio, herido nuevamente, había sido reemplazado en su mando por el mariscal Ney. Atravesaron los pantanos de la Gaina: la más pequeña previsión de los moscovitas hubiera hecho impracticables los caminos. El 3 de diciembre encontraron en Malodeczno las estafetas atrasadas hacía tres semanas, y allí fué donde Bonaparte meditó abandonar la bandera. «¿Puedo permanecer—decía—a la cabeza de una derrota?» El rey de Nápoles y el príncipe Eugenio le apremiaron estando en Smorgoni para que regresara a Francia. El duque de Istria tomó la palabra, y a las primeras que pronunció, exclamó colérico Bonaparte: «Sólo mi más mortal enemigo podría aconsejarme que abandonase el ejército en la situación en que se halla.» E hizo un movimiento para lanzarse sobre el mariscal con la espada desnuda en la mano.

Por la noche hizo llamar al duque de Istria, y le dijo: «Puesto que todos lo deseáis, preciso será que marche.» La escena estaba preparada, pues el proyecto de marcha estaba ya decidido cuando fué representado. El señor Fain dice, en efecto, que el emperador se había determinado a dejar el ejército durante la marcha que le condujo el día 4 de Malodeczno a Biclitz. Aquella fué la comedia con la cual el inmenso actor puso fin a su drama trágico.

En Smorgoni escribió el emperador su boletín vigésimo noveno. El 5 de diciembre a eso de las diez de la noche, montó en un trineo con el señor de Caulaincourt, y así atravesó Alemania, oculto bajo el nombre de su compañero de fuga. Todo se abismó al desaparecer él: en una tempestad, cuando un coloso de granito se sepulta bajo las arenas de la Tebaida, ninguna sombra queda en el desierto. Varios soldados, que ya no tenían de vivos más que la cabeza, acabaron por comerse los unos a los otros bajo unos cobertizos hechos de ramas de

pinos. Males que parecían no poderse aumentar se consumaron: el invierno, que hasta entonces sólo había sido el otoño de aquellos climas, bajó, y los rusos no tenían ya valor para tirar contra las sombras que Bonaparte dejaba vagabundas detrás de sí.

En Vilna sólo se encontraron judíos enfermos que antes habían recogido por avaricia. Una última derrota abismó al resto de los franceses en la altura de Ponary, y al fin llegaron al Niemen. De los tres puentes por los que desfilaban nuestras tropas, no existía ninguno, y uno solo, obra del enemigo, dominaba las aguas congeladas. De los quinientos mil hombres y de la innumerable artillería que en agosto habían atravesado el río, sólo lo repasaron ahora en Kowno unos mil hombres de infantería regular, algunos cañones y treinta mil infelices cubiertos de llagas. Nada de música ni de cantos de triunfo, y la división, con la faz morada y los ojos forzosamente abiertos, caminaba en silencio sobre el puente o se arrastraba de *témpano* en *témpano* hasta la orilla polaca. Cuando aquellos desgraciados llegaron a habitaciones calientes, expiraron, derritiéndose su vida con la nieve de que estaban envueltos. Afirma el general Gourgaud que repasaron el Niemen ciento veintisiete mil hombres: pero esta cifra siempre resultaría una pérdida de trescientos trece mil hombres en una campaña de cuatro meses.

Cuando Murat llegó a Gumbinnen, reunió a sus oficiales, y les dijo: «Ya no es posible servir a un insensato; su causa no tiene salvación; ningún príncipe de Europa cree ya en sus palabras ni en sus tratados.» Desde aquí se dirigió a Posen, y desapareció el 16 de enero de 1813. Veintitrés días más tarde, dejó el príncipe de Schwartzenberg el mando del ejército que pasó al príncipe Eugenio. El general York, criticado ostensiblemente al principio por Federico Guillermo, y después reconciliado con él, se retiró llevándose a los prusianos: comenzaba la defección europea.

En toda esta campaña fué el emperador inferior a sus generales, y particularmente al mariscal Ney. Las excusas que se han dado de la fuga de Bonaparte son inadmisibles, y la prueba es que, debiendo salvarlo todo, no salvó nada.

El vigésimo nono y último boletín del gran ejército, fechado en Molodetschin

el 3 de diciembre, y recibido en París el 18, que sólo precedió a Napoleón dos días, llenó a Francia de estupor, aunque estuviese muy lejos de expresarse con la franqueza de que se le ha elogiado: se le advierten en él notables contradicciones que no consiguen cubrir una verdad que resalta de todas partes. Como ya hemos visto, en Santa Elena se expresaba Bonaparte con más buena fe: sus revelaciones no podían ya comprometer una diadema arrancada de su cabeza. Pero escuchémosle todavía un instante:

«Este ejército—dice en su boletín del 3 de diciembre de 1812— tan hermoso el 6 de noviembre, estaba muy diferente desde el 14. Casi sin caballería, sin artillería ni transportes, era imposible abrirnos paso a un cuarto de legua...

»Los hombres a quienes la naturaleza no ha templado bastante fuertemente para sobreponerse a todos los rigores de la suerte y de la fortuna, parecieron afectados, perdieron su alegría, su buen humor, y no vieron más que desgracias y catástrofes: los de alma superior a todo, conservaron su alegría, sus maneras ordinarias, y soñaron una nueva gloria en las diversas dificultades que tenían que vencer.

»En todos estos movimientos siempre marchaba el emperador en medio de su guardia, la caballería a las órdenes del mariscal duque de Istria, y la infantería a las del duque de Dantzig. S. M. ha quedado satisfecho del buen espíritu que ha demostrado su guardia, que siempre estuvo dispuesta a dirigirse a todas partes donde las circunstancias reclamaron su presencia.

»El príncipe de Neuchâtel, el gran mariscal, el escudero mayor y todos los ayudantes de campo y oficiales militares de la casa del emperador, acompañaban siempre a S. M.

»Nuestra caballería estaba de tal modo desmontada, que ha sido preciso reunir a los oficiales a quienes quedaba un caballo, para formar con ellos cuatro compañías de a ciento cincuenta hombres cada una. Los generales desempeñaban en ella las funciones de capitanes, y los coroneles las de sargentos. El escuadrón sagrado, mandado por el general Grouchy, a las órdenes del rey de Nápoles, no perdía de vista al emperador en todos sus movimientos. La salud de S. M. nunca ha sido mejor.»

¡Qué resumen de tantas victorias! Napoleón había dicho a los directores: «¿Qué habéis hecho de cien mil franceses, compañeros míos de gloria? ¡Han muerto!» La Francia podía decir a Bonaparte: «¿Qué habéis hecho en una sola expedición de los quinientos mil soldados del Niemen, mis hijos o mis aliados? ¡Han muerto!»

Después de la pérdida de esos cien mil soldados republicanos, sentidos por Bonaparte, al menos la patria fué salvada: los últimos resultados de la campaña de Rusia han producido la invasión de Francia y la pérdida de todo cuanto nuestra gloria y nuestros sacrificios habían acumulado en el transcurso de veinte años.

El emperador fué sin cesar custodiado por un batallón sagrado que no lo perdió de vista en todos sus movimientos: indemnización de las trescientas mil existencias sacrificadas; pero, ¿por qué la naturaleza no las había templado bastante fuertemente? Allí habrían conservado sus maneras ordinarias. ¿Acaso esa vil carne merecía que sus movimientos fuesen tan preciosamente custodiados como los de S. M.?

El boletín termina, como muchos otros, con estas palabras: *La salud de S. M. nunca ha sido mejor.*

Familias: enjugad vuestras lágrimas: Napoleón no tiene novedad.

Después de esta relación, se leía la siguiente nota oficial en todos los periódicos: «Este es un documento histórico de primer orden: Jenofonte y César escribieron de esta manera, uno la retirada de los diez mil, otro sus comentarios. ¡Qué demencia de comparación académica! Pero, dejando aparte la benévola crítica literaria, debían estar muy satisfechos, porque las calamidades increíbles, causadas por Napoleón, le habían proporcionado la ocasión de mostrar sus talentos como escritor. Nerón incendia Roma, y canta el incendio de Troya. Habíamos llegado a la feroz irrisión de una lisonja que desenterraba los recuerdos de Jenofonte y César para ultrajar el eterno duelo de Francia.

El Senado conservador acude, y dice Lacépède: «El Senado se apresura a presentar al pie del trono de V. M. I. y R. el homenaje de sus felicitaciones por la feliz llegada de V. M. en medio de sus pueblos. El Senado, primer consejo del emperador, y cuya autoridad no existe sino cuando el monarca la reclama y la

pone en movimiento, está establecido para la conservación de esta monarquía y para la herencia de vuestro trono, en nuestra cuarta dinastía. Francia y la posteridad le encontrarán en todas ocasiones fiel a este deber sagrado, y todos sus miembros estarán siempre dispuestos a perecer por la defensa de este *palladium* de la seguridad y de la prosperidad nacional.» ¡Los miembros del Senado demostraron esto maravillosamente al decretar la destitución de Napoleón!

El emperador responde: «Senadores, lo que me decís me es muy grato. Tengo en el corazón LA GLORIA Y EL PODER de Francia; pero nuestros primeros pensamientos son PARA TODO lo que pueda perpetuar la tranquilidad interior... PARA ESTE TRONO al cual están ligados AHORA los destinos de la patria... He pedido a la Providencia un número de años determinado... He reflexionado en todo lo que se ha hecho en las diferentes épocas, y también pensaré ahora en ello.»

El historiador de los reptiles, osando congratular a Napoleón por las prosperidades públicas, se asusta, no obstante, de su valor, y tiene miedo de ser y mucho cuidado de decir que la autoridad del Senado no existe sino cuando aquél la reclama y la pone en movimiento. ¡Tenía tanto que temerse de la independencia del Senado!

Excusándose Bonaparte en Santa Elena, dice: «¿Fueron los rusos los que me han destruido? No, son las relaciones falsas, las necias intrigas de la traición, de la estupidez, y otras muchas cosas, en fin, que tal vez se sepan algún día; y que podrán atenuar o justificar las dos groseras faltas que, en diplomacia como en guerra, pueden echárseme en cara con justicia.»

Faltas que no arrastran consigo más que la pérdida de una batalla o de una provincia, permiten excusas con frases misteriosas, cuya explicación se aplaza para el porvenir; pero faltas que trastornan la sociedad, haciendo pasar bajo el yugo la independencia de un pueblo, no se borran con las derrotas del orgullo.

Después de tantas calamidades y de tantos hechos heroicos, es violento al fin no poder escoger en las palabras del Senado sino entre el horror y el desprecio.

Revisado en 20 de febrero 1845.

DESGRACIAS DE FRANCIA. — ALEGRÍAS FORZADAS. — RESIDENCIA EN MI QUINTA. — LA LEGITIMIDAD. — EL PAPA EN FONTAINEBLEAU. — DEFECCIONES. — MUERTE DE LAGRANGE Y DE DELILLE. — BATALLAS DE LUTZEN, DE BOUTZEN Y DE DRESDE. — REVESES EN ESPAÑA.—CAMPAÑA DE SAJONIA O DE LOS POETAS.

Cuando llegó Bonaparte, precedido de su boletín, la consternación fué general. «En el Imperio—dice el señor de Segur—no se contaban ya más que hombres envejecidos por el tiempo, y niños, pero casi ningún hombre formado: ¿dónde estaban? ¡El llanto de las mujeres, los gritos de las madres, lo decían bastante! Inclinas laboriosamente sobre aquella tierra, que sin ellas quedaría inculta, maldecían la guerra en él.»

A su regreso de Beresina fué preciso bailar de real orden; esto es lo que se sabe por los *Recuerdos para servir a la historia*, de la reina Hortensia. Fué preciso ir al baile, con la muerte en el corazón, llorando interiormente a sus parientes o amigos. Tal era el deshonor a que se veía condenada Francia por el despotismo; en los salones se veía lo que se encuentra por las calles; criaturas distraídas de su vida, cantando su miseria para divertir a los transeuntes.

Hacía tres años que yo estaba retirado en Aunay: desde mi bosquecillo de pinos seguía con los ojos el cometa que durante la noche corría hacia el horizonte de los bosques: era hermoso y triste, y, como una reina, arrastraba tras sí un extenso velo. ¿A quién buscaba el extranjero extraviado en nuestro universo? ¿A quién dirigía sus pasos en el desierto del cielo? El 23 de octubre de 1812, me albergué un momento en París, calle de los Saints-Pères, fonda de Lavallette, mi sorda huéspeda fué a despertarme, provista de su larga trompetilla: «¡Señor, señor; Bonaparte ha muerto! El general Malet ha muerto a Hulin; todas las autoridades están cambiadas, y la revolución se ha hecho.»

Era tan amado Napoleón, que durante algunos instantes estuvo París en la mayor alegría, excepto las autoridades burlescamente arrestadas. Un soplo había bastado para echar abajo el Imperio.

Evadido de la cárcel a media noche, un soldado era señor del mundo al amanecer, y un sueño estuvo cercano de arrastrar una realidad formidable. Los más moderados decían: «Si Napoleón no ha muerto, volverá corregido por sus faltas y por sus reveses: firmará la paz con Europa, y el resto de nuestros hijos será salvado.» Dos horas después de su mujer, entró el señor Lavalette en mi habitación para poner en mi conocimiento el arresto de Malet: *no me ocultó* (esta era su frase favorita) *que todo había concluido*. Ya he referido cómo recibió Bonaparte esta noticia en un campo de nieve cerca de Smolensk.

El *senatus consultus* de 12 de enero de 1813 puso a disposición de Napoleón doscientos cincuenta mil hombres. La inagotable Francia vió salir de sus heridas nuevos soldados, y entonces se oyó una voz, mucho tiempo olvidada, voz cuyo sonido creyeron reconocer algunos: era la de Luis XVIII, que se alzaba desde el destierro. El hermano de Luis XVI anunciaba principios para establecer un día en una carta constitucional, primeras esperanzas de libertad que nos venían de nuestros antiguos reyes.

Ya en Varsovia, Alejandro dirige una proclama a Europa:

«Si el Norte imita el sublime ejemplo que ofrecen los españoles, ha concluido el duelo del mundo. A punto de ser Europa presa de un monstruo, recobraría a la vez su independencia y su tranquilidad. ¡Ojalá que de este coloso sangriento que amenazaba el continente con su eterna maldad, sólo quede un perenne recuerdo de horror y de lástima!»

Este monstruo, este coloso sangriento que amenazaba el continente con su eterna maldad, era tan poco instruido por el infortunio, que, apenas libre de los cosacos, se arrojó sobre un anciano que retenía prisionero.

Ya hemos visto el rapto del papa en Roma, su residencia en Savona y después su detención en Fontainebleau. La discordia se había introducido en el sacro colegio: algunos cardenales querían que el papa resistiese por lo espiritual, y recibieron orden de usar medias negras; otros fueron desterrados a las provincias, y algunos jefes del clero francés encerrados en Vincennes: otros cardenales opinaron por la sumisión completa

del papa, y conservaban todos ellos sus medias encarnadas.

Cuando el pontífice obtenía en Fontainebleau algún descanso de la obsesión de los cardenales rojos, se paseaba solo en las galerías de Francisco I: allí recordaba la huella de las artes, que le recordaban la ciudad eterna, y desde sus ventanas veía los pinos que Luis XVI había plantado enfrente de los aposentos sombríos donde fué asesinado Monaldeschi. El septuagenario medio muerto, a quien el mismo Napoleón fué a atormentar, firmó maquinalmente aquel concordato de 1813, contra el cual protestó en seguida después de la llegada de los cardenales Pacca y Consalvi.

En el secreto de estas galerías inhabitadas, donde ya no se escuchaba la voz de San Luis, de Francisco I, de Enrique IV, ni de Luis XIV, el santo padre empleó muchos días en escribir la minuta y la copia de la carta que debía ser remitida al emperador. El cardenal Pacca ocultaba en su mano el papel peligroso a medida que el papa iba añadiendo algunas líneas en él. Terminada la obra, el papa la remitió el 24 de mayo al coronel Lagorsse, encargándole la entregase al emperador.

Al mismo tiempo hizo leer una alocución a los cardenales que se hallaban cerca de él, en la cual consideraba como nulo el breve que había dado en Savona, y el concordato de 25 de enero: «¡Bendito sea el Señor—dice en ella—, que no ha alejado de nosotros su misericordia! ¡Sólo ha querido humillarnos con una saludable confusión! ¡Sea, pues, para nosotros la humillación en provecho de nuestra alma, y para él en todos los siglos la exaltación, el honor y la gloria!»

«Dado en el palacio en Fontainebleau a 24 de marzo de 1813.»

Nunca había salido de este palacio un decreto más bello; el semblante del mártir se puso sereno; su sonrisa y su boca recobraron su gracia, y sus ojos el sueño. Bonaparte amenazó al principio con hacer separar la cabeza de los hombros de algunos de los clérigos de Fontainebleau, pues pensaba declararse jefe de la religión del Estado; pero, volviendo de nuevo a su natural, fingió no haber sabido nada de la carta del papa. Mas su fortuna iba decreciendo, y el papa, salido de una orden de pobres monjes, vuelto por sus desgracias al seno de la multitud, semejaba haber reconquistado el

gran papel de tribuno de los pueblos, y dado la señal de la deposición del opresor de las libertades públicas.

La mala fortuna produce las traiciones y no las justifica. En marzo de 1813, Prusia se confederó en Kalisch con Rusia; el 3 de marzo, Suecia hizo un tratado con el gabinete de Saint-James, obligándose a suministrar treinta mil hombres; Hamburgo fué evacuado por los franceses; Berlín ocupado por los cosacos, y Dresde tomado por los rusos y los prusianos.

La defección de la Confederación del Rin se iba preparando. Austria se adhirió a la alianza de Rusia y de Prusia, y la guerra empezó de nuevo en Italia, adonde se había trasladado el príncipe Eugenio.

En España, el ejército inglés derrotó a José en Vitoria: los cuadros robados a las iglesias y a los palacios cayeron en el Ebro: yo los vi en Madrid y en el Escorial, y los volví a ver después, cuando los restauraban en París. Las olas y Bonaparte habían pasado sobre estos Murrillo y estos Rafael, *velut umbra*. Wellington, avanzando siempre, batió al mariscal Soult en Roncesvalles: nuestros grandes recuerdos hacían el fondo de las escenas de nuestros nuevos destinos.

El 14 de febrero, en la apertura de los Cuerpos legislativos, Napoleón declaró que siempre había querido la paz, y que ésta era necesaria al mundo; pero ningún acento de simpatía hacia los dolores de Francia resonó en la boca de aquel que nos llamaba *sus súbditos*.

El 3 de abril, el Senado conservador añadió ciento ochenta mil combatientes más a los que ya le había concedido. El 10 de abril murió Lagrange, y el abate Delille expiró algunos días más tarde. Si en el cielo la nobleza del sentimiento es superior a la altura del pensamiento, el cantor de *La Piedad* debe estar colocado más próximo al trono de Dios que el autor de la *Teoría de las funciones analíticas*. Bonaparte había salido de París el 15 de abril.

Sucedíendose las levas de 1812, se habían detenido en Sajonia. Bonaparte llega, y el honor de la antigua hueste queda confiado a doscientos mil conscriptos, que se batían como los granaderos de Marenco. El 2 de mayo se gana la batalla de Lutzen: en estos nuevos combates, apenas hace Napoleón uso más que de la artillería, y apoderado de Dresde, dice

a los habitantes: «No ignoro la alegría a que os entregasteis cuando el emperador Alejandro y el rey de Rusia penetraron dentro de vuestros muros. Todavía vemos en el suelo las hojas marchitas de las flores que vuestras doncellas arrojaron al paso de los monarcas.» ¿Se acordaba Napoleón de las doncellas de Verdún? Esto era en el tiempo de sus buenos años.

Otro triunfo en Bautzen; pero en él se sepultan el general de ingenieros Kirgener y Duroc, gran mariscal del palacio. «Hay otra vida—dice Napoleón a Duroc—, y ya nos volveremos a ver.» ¿Se cuidaba mucho Duroc de volverlo a ver?

El 26 y el 27 de agosto se aborda en el Elba en campos ya famosos. De vuelta de América, después de haber visto a Bernadotte en Estocolmo y a Alejandro en Praga, una bala de cañón corta las dos piernas a Moreau, en Dresde, al lado del emperador de Rusia: antigua costumbre de la fortuna napoleónica. Se sabe la muerte del vencedor en Hohenlinden, en el campo francés, por un perro perdido, en cuyo collar se halló escrito el nombre del nuevo Turena: el animal, sin dueño, corría a la aventura entre los muertos: *Te, janitor orci!*

El príncipe de Suecia, nombrado generalísimo del ejército del Norte de Alemania, había dirigido el 15 de agosto una proclama a sus soldados:

«Soldados: el mismo sentimiento que guió a los franceses en 1792, y que los llevó a unirse y a combatir los ejércitos que invadían su territorio, debe dirigir hoy vuestro valor contra aquel que, después de haber hollado el suelo que nos vió nacer, encadena aún a vuestros hermanos, a vuestras mujeres y a vuestros hijos.»

Concitiándose la reprobación unánime, el emperador se lanzaba contra la libertad, que le atacaba de todas partes y bajo todas las formas. Un *senatus consultus* del 28 de agosto anula la declaración de un jurado de Amberes: infracción muy pequeña, seguramente, de los derechos de los ciudadanos, después de la enorme arbitrariedad de que había usado Bonaparte; pero en el fondo de las leyes hay una santa independencia, cuyos gritos se escuchan; esta opresión de un jurado hizo más ruido que las opresiones diversas de que Francia había sido víctima.

En fin, en el Mediodía, el enemigo había llegado a nuestro suelo: los ingleses, obsesión de Napoleón y causa de casi todas sus faltas, cruzaron el Bidasoa el 7 de octubre, y Wellington, el hombre fatal, puso el primero el pie sobre la tierra francesa.

Obstinándose en permanecer en Sajonia, a pesar de la toma de Vandamme, en Bohemia, y de la derrota de Ney cerca de Berlín, por Bernadotte, el emperador volvió a Dresde. Entonces se levanta el Landsturn, y se organiza una guerra nacional semejante a la que dió la libertad a España.

Los combates de 1813 se han llamado la campaña de Sajonia: mejor sería llamarlos *la campaña de la joven Alemania o de los poetas*. ¿A qué desesperación no nos había reducido la opresión de Bonaparte, puesto que al ver correr nuestra sangre no podíamos substraernos a un movimiento de interés hacia esa juventud generosa que empuñaba la espada en nombre de la independencia? Cada uno de aquellos combates era una protesta para los derechos de los pueblos.

Alejandro, en una de sus proclamas, fechada en Kalisch el 25 de marzo de 1813, llamaba a las armas a las poblaciones de Alemania, prometiéndoles, en nombre de sus hermanos, los reyes, instituciones libres. Esta señal hizo estallar la Burschenschaft, ya secretamente formada. Las universidades de Alemania se abrieron, y dejaron a un lado el dolor para no pensar más que en la reparación de la injuria: «Que las lamentaciones y las lágrimas sean cortas, la tristeza y el dolor largos—decían los germanos de otras épocas—; a la mujer es decente llorar, al hombre acordarse.» Entonces la joven Alemania corrió a libertar su patria; entonces se unieron esos germanos, *aliados del Imperio*, de los que la antigua Roma se sirvió a manera de armas y de dardos: *velut tela atque arma*.

El profesor Fichte daba en Berlín en 1813 una lección sobre el *deber*; habló sobre las calamidades de Alemania, y terminó su lección con estas frases: «El curso, quedará, pues, suspendido hasta el fin de la campaña, y lo continuaremos en nuestra patria ya libre, o habremos muerto por reconquistar la libertad.» Los jóvenes oyentes se levantaron, prorrumpiendo en gritos: Fichte bajó de

su cátedra, atravesó la multitud, y fué a inscribir su nombre en el registro de un cuerpo que salía para el ejército.

Todo lo que Bonaparte había despreciado e insultado se convierte en peligro para él: la inteligencia baja a la liza contra la fuerza bruta, y Moscov es la antorcha a cuya luz ciñe la Germania su talabarte. «¡A las armas!—exclama la musa—. ¡El Fénix de Rusia se ha lanzado en su hoguera!» Esa reina de Prusia, tan débil y tan bella, a quien Bonaparte había ultrajado, se transforma en una sombra implorante e implorada: «¡Qué dulcemente duerme!—cantan los bardos—. ¡Ah, ojalá duermas hasta el día en que tu pueblo lave con sangre el mohó de su espada! ¡Despierta entonces, despierta; y sé tú el ángel de la libertad y de la venganza!»

Koerner sólo tiene un temor, el de morir en prosa: «¡Poesía, poesía, exclama; dame la muerte a la luz del sol!»

Y compone en el vivac el himno de *La lira y la espada*.

EL CABALLERO

«Dime, buena espada mía; ¿por qué hoy es tan ardiente el relámpago de tu mirada? Tú me miras con ojos de amor, espada que haces mi alegría. ¡Hurra!»

LA ESPADA

«Es que me ciñe un valiente caballero, y eso es lo que inflama mis miradas; es que yo soy la fuerza de un hombre libre, y eso es lo que produce mi contento. ¡Hurra!»

EL CABALLERO

«Sí, espada mía; sí, yo soy un hombre libre, y te amo con todo mi corazón; te amo como si fueras mi esposa; te amo como a una amante querida.»

LA ESPADA

«¡Y yo me he entregado a ti; a ti, mi vida; a ti, mi alma de acero! ¡Ah, si estamos prometidos, ¿cuándo me dirás: «Ven, ven, querida mía?»»

«No nos parece oír a uno de aquellos guerreros del Norte, uno de aquellos hombres de batallas y de soledades, del cual dice Saxo el *Grammático*: «Cayó, rió y murió.»

No era esto un entusiasmo frío y calculista: Koerner tenía la espada ceñida; bello, rubio y joven, Apolo a caballo, cantaba de noche como el árabe sin apear-se, y al cargar al enemigo, iba acompañado del galope de su bridón. Herido en Lutzen, se arrastró por los bosques, donde lo encontraron unos paisanos; pero reapareció y murió en las llanuras de Leipzig, teniendo apenas veinticinco años: se había escapado de los brazos de una mujer a quien amaba, y ahora moría en lo mejor de su vida. «Las mujeres se complacen—decía Tirteo—en contemplar a un joven resplandeciente y de pie; pero no es menos bello cuando cae en la primera fila.»

Los nuevos Arminios, que la escuela de Grecia había alimentado, tenían un cántico general: cuando estos estudiantes abandonaron el apacible retiro de las ciencias por los campos de batalla, los placeres silenciosos del estudio por los peligros de la guerra, Homero y los Nibelungos por la espada, ¿qué opusieron a nuestro himno de sangre, a nuestro cántico revolucionario? Estas estrofas, llenas de afecto religioso y de la sinceridad de la naturaleza humana:

«¿Cuál es la patria del alemán? ¡Nombradme esa gran patria! Tan lejos la lengua alemana resuene; tan lejos como los cantos alemanes se hagan oír en alabanza de Dios, allí debe estar la patria del alemán.»

«La patria del alemán es el país donde un apretón de manos basta por todo juramento; en la que la buena fe brilla pura en todas las miradas; donde el afecto reside ardientemente en todos los corazones.»

«¡Oh Dios del cielo! Inclina tus miradas sobre nosotros, y concédenos ese espíritu tan puro y verdaderamente alemán, para que podamos vivir fieles y buenos. Aquí está la patria del alemán; todo este país es su patria.»

Estos camaradas de colegio, ahora compañeros de armas, fieles a la poesía de sus sueños, a las tradiciones de su historia, al culto de lo pasado, hicieron de un antiguo castillo y de un antiguo bosque los asilos conservadores de la Burschenschaft. La reina de Prusia era su patrona en vez de la reina de la noche.

Desde lo alto de una colina, de en medio de los escombros, los estudiantes soldados, con sus profesores capitanes, divisaban las cúpulas de sus universi-

dades queridas; y conmovidos al recuerdo de su docta antigüedad, enternecidos a la vista del santuario del estudio y de los juegos de su infancia, juraban libertar su país, como Melchthal, Furst y Stauffacher pronunciaron su triple juramento en presencia de esos Alpes por ellos inmortalizados, ilustrados por ellos. El genio alemán tiene algo de misterioso: la Thecla de Schiller es todavía la doncella teutónica dotada de presciencia y formada de un elemento divino. Los alemanes adoran hoy la libertad con una vaguedad indefinible, de igual manera que, en otro tiempo, llamaban *Dios* al secreto de los bosques: *Deorum nominibus appellant secretum illud...* El hombre cuya vida era un ditirambo en acción, no cayó hasta que los poetas de la joven Alemania hubieron cantado y tomado la espada contra su rival Napoleón, el poeta armado.

Alejandro era digno de haber sido el heraldo enviado a los jóvenes alemanes, porque participaba de sus elevados sentimientos, y estaba en esa posición de fuerza que hace posible los proyectos; pero se contagió del terror que invadía a los monarcas que le rodeaban. Estos monarcas no cumplieron sus promesas, y no dieron a sus pueblos instituciones generosas. Los hijos de la musa (llama por cuyo fuego se animaron las masas inertes de los soldados) fueron sepultados en calabozos en recompensa de su patriotismo y de su noble credulidad. ¡Ay! la generación que conquistó la independencia de los teutones se ha desvanecido, y sólo han quedado en Germania viejos gabinetes gastados, que llaman lo más alto que pueden a Napoleón *un gran hombre*, para hacer servir de excusa su admiración presente a su pasada bajeza. En el necio entusiasmo por el hombre, que continúa pesando sobre los gobiernos después de haberlos azotado, nadie se acuerda ya de Koerner. «Arminio, libertador de la Germania—dice Tácito—, fué desconocido de los griegos, que sólo se admiran a sí propios, y poco celebrado entre los romanos, a quienes había vencido; pero todavía le cantan algunas naciones bárbaras: *caniturque barbaras apud gentes.*»